

Dinero y ocupación

Por GERMAN BERNACER

Ninguna especie de hombres de ciencia trabaja más al dictado de la hora que los economistas, ni quizás más a destiempo a la vez que ellos, los pobres. Casi todo el trabajo de los economistas ingleses durante el período interbélico ha sido dictado por la grave preocupación que constituyó para la Gran Bretaña el ingente paro obrero que azotó al mundo, particularmente a la Metrópoli británica, en esos veinte años, hasta que el rearme atenuó el fenómeno y la guerra lo invirtió totalmente; desde entonces, y aun hoy, el problema es la falta de brazos. Una estadística de las obras publicadas en Inglaterra en ese interregno, en cuyo título figuren las palabras *employment* o *unemployment*, amén de casi en todas sus páginas, daría una cifra notable. Claro que todo ese cúmulo de libros no ha contribuido a disminuir la cifra de brazos parados, más que en aquellos que se han ocupado de su impresión y distribución; cuando los remedios preconizados tendrían que producir su efecto habría de ser en esta postguerra, suponiendo, naturalmente, que el problema se plantease ahora en los mismos términos que se planteó en la pasada.

Mas, ¡ay!, que estos Sísifos modernos se hallan condenados a rehacer constantemente su obra sobre nuevas premisas a medida que el espejismo cambiante del vivir económico ofrece frescas imágenes a su atención, todavía embebecida por el espectáculo pasado. Es la triste condición de ese empirismo, de esa terapéutica sintomática a que por desgracia la ciencia cresológica se atiene todavía, y que obliga a variar el tratamiento a cada fase de la dolencia. Los economistas habían supuesto que una trasguerra se había de parecer a otra, y prepararon todo su arsenal de pócimas a base de tal hipótesis, pero es muy probable que haya que arrumbar toda esa farmacopea e improvisar para nuevos achaques nuevos remedios, ya que los de antemano previstos van a resultar, a lo que temo, tan inservibles para los problemas de esta postguerra como las armas y las tácticas de la guerra del año 14 lo han sido para la del 39.

¿Y por qué todo este cambio? Porque las circunstancias han variado totalmente. Al terminar la penúltima guerra se consideraba como un ideal retornar a la economía libre, y todos los pasos que se dieron fueron en este sentido, aunque siempre quedara algo del lastre que deja toda economía de guerra, intervencionista por naturaleza y por fuerza. Y ahora no es así; en lo que menos se piensa, en Inglaterra como en los demás sitios, es en volver a una economía libre que ya pasó, al parecer, a la Historia. ¿Y tendrá la nueva economía los mismos efectos estimulantes para res-

tablecer la abundancia, y aun la superabundancia, que tuvo la vieja, y que provocó la inversión de la coyuntura de guerra al año mal contado de terminadas las hostilidades?

Los economistas, al aprovechar las enseñanzas del pasado con el fin de curar los males que prevenían en el porvenir contaron sin la huésped; y la huésped es aquí la masa obrera, sujeto paciente de ese paro que ellos querían curar con sus recípes, y al cual los trabajadores han decidido aplicar sus propias fórmulas, no sabemos si más eficaces aunque, desde luego, no menos empíricas.

Los obreros han aprendido bien la lección de los economistas, que han hablado tanto de superproducción, como causa de las crisis y del paro, y para evitar el temido mal han decidido no producir tanto, al menos, no trabajar con demasiado afán. Por lo pronto, han acordado convertirse en el mayor número posible en funcionarios públicos, lo que no deja de ser una fórmula eficaz de amenguar su rendimiento productivo.

Esto quiere decir que tardaremos en volver a la abundancia de la paz anterior, a esa abundancia que es la única capaz de producir la baja de precios. Si los economistas que vieron en la superproducción la causa de la crisis y del paro, se equivocaron—lo que no tendría nada de particular—, es de temer que estos males vuelvan de todos modos, y quizás con mayor miseria, pero, desde luego, podemos asegurar que, si han de retornar, no será por los mismos caminos que vinieron en tiempo pretéritos.

Son muchas las transformaciones que se han producido entre la pasada postguerra y la actual; antiguamente no se usaban, a título de impedimentos a las naturales corrientes comerciales, más que aquellos inocentes aranceles aduaneros, y a lo sumo aquellos, no tan inocentes, pretextos de sanidad zootécnica y botánica; entretanto, se han inventado los contingentes, los controles de cambio, los cambios discriminatorios, los racionamientos de divisas, el comercio intervenido o realizado estatalmente, cuando no, como en Rusia, monopolizado por el Estado; en el interior, los controles de precios, los racionamientos, las intervenciones y reglamentaciones de toda laya. Los sistemas monetarios de tipo internacional, como el patrón oro, han quedado arrumbados de tal modo, y con motivo, que ese remedo debido al genio proteico de Lord Keynes, con que se trata de renovar un poco lo que fué, parece ya un viejo artilugio inservible cuando todavía no ha comenzado a funcionar. Pensar que, con todo esto, los acontecimientos se van a desarrollar de modo parecido a como se desarrollaron antes, es padecer la mayor ilusión que puede aquejar a seres humanos.

Me sugiere estas reflexiones uno de los últimos libros leídos sobre el tema de la desocupación, y que se debe a la pluma de un economista eminente, ya acreditado en la materia por más extensos tratados: el profesor Pigou (1). Este de ahora tiene el mérito de resumir brevemente los puntos de vista del autor y dar una formulación concienzuda y sintética del estado del problema, una visión que no contribuye, por cierto, a fortalecer nuestra confianza de que se haya encontrado, por los caminos trillados hasta el presente la solución del problema; antes bien, desvanece toda ilusión, si alguna nos podía quedar, acerca del asunto.

El fustre profesor parece darse cuenta clara del hueso del problema al decir, hacia el final del libro: "Cuando el

(1) A. C. Pigou: *Lapses from Full Employment*. (Separaciones o apartamientos de la plena ocupación) 4/6 M. Macmillan and Co., Londres 1945.

conjunto de la demanda de trabajo en términos de dinero es impulsada en las épocas adversas hacia el nivel a que se halla en las prósperas, lo mismo que cuando en tiempo normal se impulsa la demanda en su conjunto y se reduce por consiguiente, la desocupación, se alienta a los asalariados a presionar por alzas en los salarios. En la medida en que lo consigan, el efecto de la mayor demanda de trabajo en orden a incrementar la ocupación queda parcialmente neutralizado, y a menos que se tolere un movimiento inflacionista en espiral, en el cual la demanda de trabajo no se estabilice en ningún punto elevado sino que tienda a subir cada vez más, por delante del tipo ascendente de los salarios, ha de quedar completa o casi completamente destruido."

Este me parece ser el punto neurálgico del problema, en el que fallan todas las terapéuticas de tipo monetario que han estado en boga en estos últimos tiempos, y cuya moda tenemos que todavía perdure algún tiempo.

Valdría la pena soportar una inflación moderada—viene a decir el profesor Pigou—si una inflación moderada diera resultados satisfactorios en cuanto al grado de ocupación. Para ello los sindicatos obreros (*trade unions*) tendrían que abstenerse de aprovecharlo como base para pedir aumentos de salario. Hay que escoger entre salarios más altos o tipos de ocupación más bajos, pues en opinión del citado profesor, el tipo de salarios tiene un efecto tan directo sobre el paro, que podría reducirse éste, y hasta en ocasiones anularse, mediante una baja suficiente del tipo de salario. Si la desocupación fué en la Gran Bretaña, en el período interbélico, dos o tres veces la que solía ser antes de 1914, se debió en gran parte—al parecer del eminente ex-profesor de Cambridge—a la inflexibilidad de los salarios por causa tanto de la mayor fuerza sindical como de las medidas gubernamentales de auxilio a los parados, que quitaban al sistema la elasticidad que tuviera en otro tiempo.

Seguramente hay aquí un resabio de la doctrina clásica. Es muy dudoso, en mi modesta opinión, que la simple baja de los salarios pueda, en circunstancias de ninguna clase realizar la plena ocupación, porque el efecto de la reducción de los salarios es disminuir el ingreso monetario global de la colectividad y, por consiguiente, mermar lo que Pigou llama demanda en términos de dinero, de que la propia ocupación depende. Mas es indudable que la rigidez que introdujeron las circunstancias precitadas hizo más difíciles las adaptaciones que, mal que bien, lograban en otras ocasiones mantener el paro en límites más reducidos, aunque no lo evitaran, ni menos la depresión de que es secuela.

La impresión que da toda la numerosa literatura sobre el particular, la mayor parte de la cual se inspira en "Keynes-1936", es que se basa en un conocimiento insuficiente de la mecánica monetaria y coyuntural que hace sumamente expuestas a sorpresas desagradables las fórmulas de técnica monetaria y bancaria que propugnan. Ante todo, han de convenecer a las organizaciones obreras de que se sometan a los consejos de los economistas, no, naturalmente, por fe en su autoridad, sino por convencimiento de la razón que les asiste; pero mal se puede pedir a los obreros que vean claro en un problema en que los economistas se hallan tan lejos de la unanimidad como de la claridad, y ajusten, en consecuencia, su conducta a normas juiciosas fundadas sobre problemáticas consecuencias.

Lo más probable es que sigan su propia política, basada en dos principios que no serán sólidos, pero que se ajustan muy bien a su peculiar psicología y concuerdan aparentemente con su inmediata conveniencia, tal como la puede calibrar un hombre de la calle, y a los que, por lo demás no se vería apurado un mediano teórico para buscarles fundamentos científicos en las literaturas económicas, en la antigua y en la moderna. Estos dos principios son: Primero: Limitar la producción, a fin de que sea menester emplear más brazos para producir una misma cantidad de bienes reales. Segundo: Pedir aumento de salarios a medida que se eleve el coste de la vida o en previsión de ello, con lo cual se aumenta el poder adquisitivo de la masa asalariada, es decir, la demanda monetaria de la colectividad, y sobre todo, la demanda de consumo, ya que es la de los sujetos económicos con mayor protensión a consumir.

Los economistas no demasiado keynesados se llevarán las manos a la cabeza y dirán con motivo: ¡Pero eso es la inflación! Sí, seguramente; eso quiere decir que a la vuelta

de diez, de doce años, veremos los estantes de obras económicas atestados de libros sobre el viejo y nuevo problema de la inflación, y que un Keynes redivivo escribirá otro tratado (esta vez se llamará "Teoría de la Inflación, del Interés y del Dinero"), que causará sensación entre los nuevos economistas de entonces y promoverá un gran movimiento científico con mucho aparato de ecuaciones y fórmulas, con novísimos silogismos de evidencia aplastante, que servirán para elaborar el nuevo botiquín destinado a la próxima postguerra, pero del que no servirá nada, llegado el momento, porque en esa postguerra, si es que la guerra que la preceda no ha acabado con toda la humanidad, los problemas se presentarán con tan diferente atuendo, que habrá que afrontarlos con fórmulas de fortuna, mientras se prepara la nueva hornada de recetas para el porvenir. Y todo así, mientras Dios no lo remedie enviándonos a un mesías que redima a la ciencia económica de su empirismo, un mesías que predique alguna doctrina racional que permita arbitrar remedios radicales para curar a un tiempo los síntomas encontrados de esta enfermedad incomprensible que aqueja al organismo social y que le hace caer alternativamente en los extremos opuestos.

Y no se culpe tampoco a las masas obreras de que las cosas no se desarrollan ahora en las condiciones que los economistas dictan desde sus gabinetes. Ellos no tienen por qué seguir tales dictados. Después de todo, los remedios que ellos aplican a su mal no son más descabellados que los derechos aduaneros, las restricciones de cambios los contingentes, las primas a la exportación, las restricciones a la emigración, las manipulaciones monetarias, etc. etc.; todo obedece a la misma terapéutica empirística que ha prevalecido hasta el día, y para aquella táctica no faltarán epígonos que la justifiquen teóricamente, como no han faltado para las otras. ¡Sólo aquel mesianico evangelio a que antes aludía nos libertaría a un tiempo de los falsos profetas y de los mercaderes del templo!